

prosa, no demasiado parlera, se traslucen líneas y matices que serán un deleite para quienes necesiten o gusten de adentrarse en la psicología colectiva.

La necesidad de publicar los fondos de los archivos concejiles no será nunca demasiado encarecida. La conocemos, mejor que nadie quizás, quienes desde lejos, sin la posibilidad de utilizarlos directamente, tratamos de penetrar en la historia española. La multiplicación de trabajos como el que comentamos transformará en panorama nacional lo que comienza siendo la pequeña historia local.

Esperemos que todos ellos sean realizados con el mismo cuidado, claridad y método que tan eficazmente ha aplicado Emilio Sáez a la presente edición.

MARÍA DEL CARMEN CARLÉ.

R. OLIVAR BERTRAND, *Así cayó Isabel II*. Ediciones Destino, Barcelona, 1955, 412 páginas.

Consecuente con su propósito de revisión del siglo XIX español, que él llama «siglo de pasión política», R. Olivar Bertrand nos ofrece en este libro un nuevo cuadro de aquel tiempo, por el que discurrió brillantemente en su biografía de Prim. «En esta mi segunda obra sobre la pasada centuria — nos dice — creo poder matizar, aportando nuevos datos y fuentes inéditas, los sucesos que desembocaron en el ruidoso destronamiento de doña Isabel II, movido por el deseo de disipar algunos de los muchos nubarrones que nos impiden tener una clara visión del ochocientos».

Tratándose de Isabel II forzoso es pensar en la *Farsa y licencia de la reina castiza* de don Ramón del Valle Inclán y en los capítulos del *Ruedo Ibérico* en los que el gran escritor pintó, a la manera de Goya cuando retrataba a la familia real, la misma época a que Olivar Bertrand se refiere, y, como figura principal del cuadro, a la propia Isabel II, la reina castiza. No hay duda de que la obra de Valle Inclán, en estos aspectos es, a su modo, historia. Modo de poeta que contempla aquel mundo del siglo XIX como el suyo propio, como si se tratara de una realidad inmediata. Y la contempla con los ojos del realismo más español, es decir, más crudo. Pero su espíritu de poeta, de gran poeta, domina y señorea la realidad, para darnos de ella una proyección que podemos considerar mágica, ya que es producto de la magia de su poesía. La *Farsa y licencia de la reina castiza* dice en la primera palabra del título el carácter de la obra. Pero la farsa en Valle Inclán — y esto es lo que da tan singular fisonomía a sus esperpentos —, es una máscara de la tragedia, mezclándose a veces en el esperpento tragedia y farsa. Quizás porque se trata de personajes de tragedia, a los que él quita el coturno rebajándolos a un nivel circense. La historia de España, desde el reinado de Isabel II al de Alfonso XIII, y especialmente la pintura de ese mundo que se proyecta en el levantamiento contra la República y en el régimen franquista, está sin duda en

Valle Inclán con un realismo sarcástico y deshumanizado, ya que en él los humanos se convierten en muñecos de *guignol*. Pero es la historia enjuiciada bien que de manera genial e inexorable.

Con todo, la imagen de Isabel II que nos da Valle Inclán, pese a sus rasgos caricaturescos, es tan verdadera en el fondo, que Olivar Bertrand no puede prescindir de ella, aún ateniéndose a su tesis de que el historiador no debe tomar una posición apriorística, y que « en general, la Historia hay que tratarla cual fue, tal cual es »; así, cuando dice, al referirse a los sucesos de 1866: « Doña Isabel II — *pomposa, frondosa y bombona* — y don Francisco de Asís — *exiguo y tripudo como una peonza, de voz atiplada* —, sintieron escalofríos en la cerviz ».

Bien es verdad que este libro no es una biografía, y que tampoco su autor lo ha pretendido, cosa manifiesta en su título: *Así cayó Isabel II*. Se trata de Isabel II en función de reina. Más concretamente, de la historia de doce años de su reinado, que duró veinticinco, de sus últimos doce años: desde la revolución de 1856 hasta su destronamiento en 1868. Los años más turbulentos. Y si Olivar Bertrand no nos da una imagen de Isabel II que difiera de la troquelada por Valle Inclán, es porque el autor de los esperpentos captó sus rasgos esenciales y eso no hay quien lo modifique. Veamos el retrato que Olivar Bertrand hace de ella al inaugurarse el año de 1868, el de su destronamiento: « Su ignorancia, su falta de educación y de tacto lo mismo en el seno de la familia que en el pináculo de una monarquía pseudo constitucional eran patentes a nacionales y extranjeros, informados éstos por sus respectivos embajadores. La intriga era su elemento, y ni la generosidad, de que dió abundantes pruebas, ni los triunfos conseguidos por su voz y por su donaire de manola bastaron a borrar los desastrosos efectos de aquélla. Era reina, pero no de sus pasiones; una palabra susurrada con habilidad, un ataque de nervios o la gentil apostura de un soldado de la guardia habían sido razón suficiente para cambiar de ministerio. Como mujer, contaba Isabel treinta y ocho años mal conservados, sin la gracia que en tiempos postrara a sus plantas docenas de admiradores. Gordinflona y de piel reluciente — piel enferma heredada de su padre —, delataba su rostro fatiga inexplicable en quien, disfrutando de todas las comodidades, no se había privado de ningún capricho. Le quedaban, eso sí, dos encantos todavía: sus ojos translúcidos, que aún intimidaban, y el espíritu zumbón y mordaz, temido igualmente por todo caballero español. ¿Tuvo ella la culpa entera de los sinsabores cosechados durante su reinado? Empecemos por relacionar la herencia: hija de tío y sobrina, desciende de una ninfómara declarada, María Luisa, que aceptaba gustosamente amor y golpes, y de un calavera como su padre Fernando VII, tan fielmente retratado por el gran Goya. Como atenuante de sus desaciertos, veamos en Isabel II a una enferma, cuyo ardor sexual se encuentra excitado por el prurito eczematoso, y además, contemplémosla como víctima de la razón de estado francesa — a instigación de Luis Felipe —, obligada a casarse

con don Francisco de Asís, misógino y andrógino. Pudiera recapitularse su vida ulterior como protesta y veuganza continuas contra este matrimonio inhumano ».

Pero si en el perfil de Isabel II no caben modificaciones, la visión que Olivar Bertrand nos ofrece de su tiempo modifica en cierto modo la que comúnmente suele dársenos del siglo XIX español, rehabilitando su impetu vital, manifestado en su pasión política; en el florecimiento de ideales por los que luchaba, con romántico frenesí, un pueblo que hacía honor a su gloriosa estirpe, dando « la vida por la opinión ». Oigámosle: « Ciertamente, no fue español el espíritu que troqueló la secular sentencia de *nihil novum sub sole*. El español sano de cuerpo y libre de truculencias anímicas lo ve, al contrario, todo nuevo y cada día fresco y lozano, como el poeta. Y es que no hay pueblo más poeta que el español. Dígalo si no su riquísimo cancionero, el de Castilla incluso, el cántabro, el aragonés, el de Levante y, sobre todo, el de Andalucía. ¿Cómo acostunbrar a un pueblo así a un mismo pienso político, idéntico, centralizador? La variedad desborda la forzada uniformidad. Ese desbordamiento, índice de plétora, de energía, de virilidad y de aventura, lo reiteró nuestro país a lo largo del siglo XIX, con matices distintos a cada aparente naufragio. ¿Se destruyó a sí mismo? Aparentemente, tal vez. Para extranjeros miopes estuvimos a punto de agotarnos; nuestra decadencia, nuestra caducidad, nos conducían irremediamente a la pérdida total... Con todo, los arrestos de vitalidad heredados de nuestros abuelos nos impiden aceptar como verdaderas las afirmaciones anteriores. Nos consideramos nietos de varones fortísimos y de hembras jocundas, que con sus tremendas inquietudes asolaron el país con trombas bélicas y revolucionarias de todo color; varones y hembras que no lograron concertar voluntades para organizar el país, para engrandecerle en las cuatro dimensiones. No acertaron todos con la fórmula salvadora. ¿Pero caducos? La lista de personalidades vigorosas causa vértigo, y es archisuficiente para demostrar lo contrario. Hay un siglo de la primera Edad de Oro que puede equipararse con el ochocientos. Superarle, no ».

Lástima grande que de aquel caos en que parece debatirse el pueblo español durante el siglo XIX, no naciese una estrella salvadora. Las páginas de Olivar Bertrand intentan una explicación, cuando no una aclaración, de lo sucedido en ese período histórico de su patria, que nos permite reflexionar, con elementos de juicio, sobre el fracaso de Isabel II, al que siguió, infortunadamente, el fracaso de la revolución que la derrocó, al ser asesinado don Juan Prim y Prats, el promotor de ella, sin cuyo asesinato no hubiese sido posible el efímero establecimiento de la República ni la restauración de los Borbones posteriormente. Mas esto fue posible también por la « fervorosa dedicación del español al hombre que arrebató sus simpatías, en contraste con su absoluto desprecio a las doctrinas », una de las causas que anota Olivar Bertrand entre las que motivaron el fracaso revolucionario. Por último, sintetiza la doble frustración — monárquica y revolucionaria — en males endémicos de

la política española, « basada por desdicha — dice — en dos grandes penurias : 1ª, carencia de una línea de continuidad en la prosecución de objetivos nacionales sin merma de las legítimas aspiraciones regionales. y 2ª. más que pobreza, indigencia de educación ».

Sin embargo, por encima de ese doble fracaso, algo triunfó en España a raíz de la llamada Revolución de Septiembre de 1868 que derrocó a Isabel II. Verdad que Prim era un caudillo militar, que pese a sus cualidades de gobernante no tenía una doctrina política que pudiera subsistir al ser él eliminado de la escena nacional, pero había encarnado una aspiración del pueblo español : el liberalismo, y eso es lo que quedó en pie después de su asesinato. Por eso nos ha parecido que falta, al término de este libro, un capítulo en el que su autor recogiera las manifestaciones que hizo en el comienzo de su biografía de Prim, con respecto al siglo XIX español considerado como segunda edad de oro de la historia de su patria. Se acoge en este caso, al criterio sustentado por Azorín y Marañón. Pero bueno será aclarar que lo mismo el doctor Marañón que el maestro Azorín, han hablado del Siglo de Oro Liberal, que en realidad no sería un siglo, pues se trata de un período que va de 1868 a 1936, y que encierra una grandeza de pensamiento y un esplendor artístico comparables a los del clásico Siglo de Oro. Por eso hace bien Olivar Bertrand en llamar a este tiempo edad de oro, aunque sería preciso decir Edad de Oro Liberal. Los hombres de la Revolución de 1868 no lograron que triunfase un programa político, pero crearon el clima moral de un período histórico — el liberalismo — y dieron a España un impulso universalista. Para gloria del siglo XIX español ya es bastante.

VALENTÍN DE PEDRO.